

Pequeño testimonio personal.

Cumpleaños de Neruda

Por Jaime Quezada

Tengo poco más de quince años. Neruda se hace fotografiar sentado en un banco de la plaza de armas de mi ciudad natal, bajo los tilos de un mes de noviembre. Yo lo miro y remiro con curiosidad como quien observa a la distancia un animal raro:

Soy nada más que un poeta, os amo a todos. Por esos días había leído "La copa de sangre" en una escasísima antología que cayó enhorabuena en mis manos. Andaba como iluminado entre la realidad y el sueño. Si hasta perdí los botones de mi chaqueta al abrirme paso entre la muchedumbre pueblerina. Desde entonces guardo un primer autógrafo en la hoja inicial de un texto de historia y geografía. Era como tener un pedazo de madera, una piedra mineral, un hueso santo: **tal vez no seremos tan locos, tal vez no seremos tan cuerdos.** Nunca imaginé aquella tarde olorosa a grosellas que muchos años después (todo tiempo es presente, dice Eliot) estaríamos juntos y revueltos leyendo nuestros poemas en el Teatro Municipal de Santiago de Chile, en un recital memorable. El poeta viejo y el poeta joven. O por mejor decir: el mayor y el menor: **yo vine aquí para cantar y para que cantes conmigo.** La lejana fotografía de una plaza de provincia tenía ahora la revelación de un destino profético.

Era una gracia tenerlo cerca. Cada chileno de mi generación nació casi sabiendo de memoria sus

poemas. Y como no éramos iconoclastas, aprendimos a leer sin prejuicio ni ojo tuerto en sus "Maestranzas de noche", en su "Himno y regreso", en su "Entrada a la madera". Esa lectura nos dio libertad para descubrir y redescubrir su poesía que era ya conducta, puro oficio creador: **quiero ser revolucionario dentro de mi poesía, no creo que nuestros tiempos lleguen a apagar las vocaciones poéticas si éstas son fuertes e impetuosas.** Fue su manera de vivir, ajeno a todo intelectualismo, con los valores americanos y los valores sociales de su pueblo en el corazón.

Los próximos años serán de color azul, dijo una vez Neruda. Como la hora oscura que precede el amanecer. O como un sueño que no puede olvidarse porque un sueño sin estrellas es un sueño olvidado: voy en un tren con Neruda por los pueblos del sur. Bajamos en una estación a mirar el patio cercado de una casa: hay botellas, muchas botellas, tamaños y colores. Neruda se fascina. Habla algo. Está a punto de saltar el cerco, y el pito de la locomotora anuncia lentamente la partida del tren. Corremos. Neruda puede correr, pero ya es tarde. Nos quedamos en el andén, resignados, viendo pasar el tren en cuyo último carro va el poeta Molina, muy pierna encima, leyendo un libro de páginas en blanco. Y ahí termina el sueño. Recordé al despertar un poema de **Estravagario: Y yo en el tren**

como humo muerto/ con tantos insasibles seres./ por tantas muertes agobiado./ me sentí perdido en un viaje/ en el que nada se movía/ sino mi corazón cansado.

Un verano anduve por Carahue revisando las tablas de las altas casas de madera. En ellas escribió Neruda sus poemas adolescentes, cuando su casa era la última de Cantalao. Encontré enredaderas subiendo hasta los techos de teja. Y en las ventanas colgaban bacinicas viejas con cardenales rojos: se va la poesía de las cosas, se nos va todo. Chile sin Neruda es como una mesa sin mantel, un árbol sin hojas, un pueblo sin alma, un país sin cordillera: **yo vengo a hablar por vuestra boca muerta. Hablad por mis palabras y mi sangre.** 12 de

julio de 1904 es una fecha referencial en nuestra historia literaria. Es como decir 7 de abril de 1889: Parral; Montegrande, dos pequeños lugares eternos en la geografía de Chile.

Estoy pensando en un óleo de Exequiel Plaza: **en el día de tu santo,** es un muchacho campesino cargado de patos y ollas de barro, alegre en un camino. O en una canción chapecao de nuestra Violeta Parra: **para el día de tu cumpleaños.** ¿Qué otra cosa regalarte, poeta? Y aunque tú pidas **por una vez sobre la tierra no hablemos en ningún idioma,** habría que gritar hermosamente en tu homenaje estas palabras que te pertenecen: **¡Que vivan todos los poetas, incluidos los malos poetas!**

J. Q.